

LA CRÓNICA

PERIÓDICO POLÍTICO Y DE INTERESES GENERALES DE LA PROVINCIA

AÑO XIII

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Guadalajara: un mes 50 céntimos.
En toda España: trimestre 1'50 pesetas,
y año 5'50.
Extranjero: año, 11 pesetas.
Ultramar: año, 9 pesetas.

Guadalajara 13 de Febrero de 1897
Oficinas: LAUDENES, 8, pisos segundo y bajo
Se publica los miércoles y sábados
Pago anticipado

PRECIOS DE ANUNCIOS
Línea corta en cuarta plana, 5 céntimos;
en tercera, 10; en primera, 25.
Esquelas de defunción, pequeñas, en cuar-
ta plana, 2'50; en tercera, 5.
Reclamos y comunicados, 25 céntimos.

N.º 928

Las reformas y el Gobierno

Por la aceptación que las reformas han tenido en Cuba, puede juzgarse la necesidad que había de ellas.

El Gobierno, aunque tarde, ha comprendido que la política colonial que venimos desarrollando hace tiempo no podía ser más perniciosas; que no en vano pasan los años y aquella raza que poblaba la isla cuando fué descubierta, si no ha desaparecido en absoluto, ha sufrido un cambio en su constitución moral, que hace imposible tratarla como entonces.

No vemos en la implantación de la política reformista más que un inconveniente, pero tan grande, que casi hubiéramos preferido que el Sr. Cánovas o sus sucesores no se hubiesen determinado a implantarla.

Los esfuerzos que los ministeriales hacen para conyencer al país, no quitan a éste cierta seguridad de que en el cambio de conducta verificado por el partido conservador, se ven ciertas influencias y cierta presión no muy en armonía con nuestra dignidad nacional. Esta idea es muy difícil arrancarla del ánimo de todos los españoles que han prestado más atención, si cabe, a las relaciones con los Estados Unidos, que a la misma guerra de Cuba, a pesar de los caros intereses que en esta se discuten y se arriesgan.

Dar esa satisfacción, quizá exigida por aquél Gobierno, para que él garantice una observancia más noble de las leyes de neutralidad que el derecho internacional le manda cumplir, es demasiado duro para el nombre de España.

Todos deseamos la paz; todos ambicionamos que termine la violenta situación porque Cuba y España atraviesan, para gozar en las delicias de la paz, del cariño de tantos hermanos como allí tenemos expuestos continuamente a perderlos para siempre; pero no es menos cierto que a costa de determinados sacrificios, no la aceptaríamos jamás.

Las reformas en esencia pueden admitirse, siquiera no sean completas y alguna de sus bases pida una radical modificación, que difícilmente realizarán los conservadores, pero el tiempo y la ocasión en que son establecidas, perjudican mucho lo que la patria no quiere que resulte perjudicado.

Bien haríamos un estudio detenido de ellas, pero no es este nuestro propósito, además de que las creemos ya conocidas de nuestros lectores. Sólo diremos, para lamentarnos de ello, que en la cuestión arancelaria son muy débiles; en la ley electoral deficientes, y en la cuestión puramente administrativa resultarán irrisorias si el Gobernador general no hace de sus atribuciones un uso prudente e inspirado por su amor a la patria.

No pretendemos implantar un nuevo sistema de colonización, pero resulta innegable para nosotros, que si en un tiempo pudimos considerar a Cuba y Puerto Rico como colonias puramente militares primero, comerciales después y mixtas últimamente, hoy debíamos considerar las provincias que las constituyen, como consideramos a las que radican en territorio peninsular, concediendo a los habitantes de aquellas los mismos derechos civiles y políticos que gozan los de éstas.

Entendemos que era la única manera de asimilarnos el cariño de sus moradores y el único medio de conseguir que nuestro dominio se hiciera permanente en aquél territorio, sin que por nuestra parte tuviésemos que hacer grandes esfuerzos para sostenerlo. Por esto no han logrado las reformas inspirar la necesaria confianza, a pesar de que en general hayan sido bien acogidas, y por consecuencia, no se borra el temor de un fracaso, que sería muy grave para el prestigio de un Gobierno que, obedeciendo quizá a extrañas influencias, más que a su propio convencimiento, ha equivocado la ocasión y el tiempo.

Y prueba esto, la opinión generalmente admitida de que en el mes que corre, han de registrarse acontecimientos políticos de gran importancia.

¿Por qué? Porque si las reformas fracasan, si los insurrectos, interpretándolas como muestra de debilidad de nuestro Gobierno, se niegan a admitirlas y la rebelión continúa sin que hayan producido fruto alguno, el Gabinete presidido por el Sr. Cánovas, tiene que abandonar el poder y dejarlo a otro partido que pueda sostener y defender mejor el tradicional nombre de España.

Apuntes al vuelo

Dice *El Tiempo* que el Sr. Cánovas de ahora cuenta por los dedos los aplausos que se le tributan por sus reformas.

Entonces, no contará más que diez aplausos.

O a lo sumo, a lo sumo, veinte.
Y ya no está para repetir don Antonio.

Según *El Liberal*, el Sr. Sagasta que acepta las reformas decretadas, si tuviera que aplicarlas, lo haría dándole el desenvolvimiento más expansivo posible.

Y que no cree viable el jefe del partido liberal, la formación de un Ministerio intermedio.

Si de esto habla el Sr. Sagasta con la Reina cuando vaya a Palacio, como supone *El Liberal*, la cosa marcha. ¡Adios, conservadores!

Pregunta *El Globo* que en qué quedamos.

Aguarde el colega un poco.
La corazónada está dada.

Lo que hay es que el momento de lanzarla a los cuatro vientos no ha llegado.
Pero se aproxima a paso ligero.

Dicen que la breva está ya casi madura.

Aunque parte interesada, veamos lo que dice *La Iberia*:

«Se insiste que en plazo no lejano volverá a regir los destinos del país el partido liberal, y que le prestarán su fuerza y su concurso varios prestigios militares aceptando importantes mandos.»

¿Qué prestigios militares serán esos?

¿Serán prestigios militares que otras veces no ha tenido a su lado el partido conservador?

¿Si habrá aquí alguna corazónada?

¿Habremos dado en el blanco?

CRÓNICA INTERNACIONAL

Cuando parecían encalmados los ánimos en Creta y comenzábase a entrever, con un ilusorio buen deseo, término a las sangrientas excoisiones entre musulmanes y cristianos, noticias plagadas de horrores y crueldades vienen a apercibirnos de que tan batallona é importante cuestión no ha sufrido ni un ligero desvío de su aspecto gravísimo; por el contrario, los nuevos acontecimientos hacen más difícil la solución del ya añejo y permanente conflicto. La terrible dualidad entre cristianos y musulmanes podría cohesionarse con habilidad, entereza y justicia, por las autoridades del país, si en ellas existiera amor a la paz y juicio sereno; pero como, por el contrario, comienza el mismo Sultán por ser rebelde al reconocimiento de derechos elementales y obra con la pasión del sectario, no con la templanza y mesura del magistrado, los subordinados siguen la conducta del superior.

Cansados los diplomáticos de las sutilezas dilatorias de la Sublime Puerta, en el proyecto de reformas en Turquía y venciendo recelos que entre las naciones que representaban existían, buscaron y han hallado la forma de obli-

gar al Sultán a plantearlas. Y precisamente cuando el Imperio Otomano veíase amenazado de llevar las modificaciones aprobadas por los Representantes a sus viciosos códigos y, sobre todo, a conceder a los cristianos armados, por medio de leyes especiales, derechos justísimos, es cuando los desórdenes de Creta vienen a reclamar la atención de los embajadores por su gravedad del momento que los han auto, relegados a segundo término las consabidas reformas.

Fijándose en este dato, es indudable que la versión lanzada por algunos periódicos extranjeros respecto a ser la rebeldía última de los mahometanos cretenses hechura de los políticos turcos, que así han querido retardar la definitiva solución del problema armenio, merece tomarse en cuenta y hasta reviste caracteres de verosimilitud, pues a mayores sorpresas y a procedimientos tan poco hidalgos nos tienen acostumbrados la falacia otomana. Las mismas reformas concedidas a Creta, aun están sin implantar; sólo se ha logrado, hasta ahora, que en una nota oficiosa se diga, y esto gracias a las reclamaciones de los representantes de las potencias, que el Sultán dará órdenes terminantes a fin de que se establezca cuanto antes y se organice la fuerza pública de modo que constituya una verdadera garantía para el sostenimiento del orden, y esto se dice cuando las tropas imperiales que según órdenes del gobernador de la Canea, capital de la isla, salieron a dominar la rebeldía de los mahometanos y a castigar sus desmanes, tomaron partido con ellos y entre los revoltosos y los soldados cometieron los más horrosos crímenes.

La amenazadora actitud de Grecia, las declaraciones del presidente de su gobierno Sr. Delgannis, las órdenes y aprestos bélicos del ministro de marina Sr. Levidis, no pueden ser del agrado de las demás naciones interesadas en la interminable cuestión de Oriente y ya han mostrado la extrañeza que les produce tal proceder; pero el ministerio helénico, con los aplausos de su pueblo, no cesa en su marcial empeño y desentendiéndose del consejo de las grandes potencias, aborda de frente el asunto, y al par que dispone el envío a las aguas Candia de una respetable escuadra, el acorazado «Hydra» y el aviso «Mioala», que zarparon del Píro, han anclado recientemente en Canea cerca de los buques ingleses y se han abstenido de saludar a la plaza. Además, precaviendo la imposibilidad de una invasión turca, el ministro de la Guerra ha comenzado a reforzar las guarniciones de la frontera de Tesalia: esta disposición del ministerio griego alentará los bríos de los cristianos de la Macedonia y les presentará ocasión de mostrar sus simpatías hacia el pueblo helénico, como ya lo verificó el pasado año inochoando contra la dominación turca.

La decidida actitud de los cristianos candiotas, proclamando la unión de Creta a la monarquía helénica, según acta fechada en Halepa el día 6 de los corrientes, en la cual, amen de otras cosas no menos sustanciales, se consiguen que las reformas obtenidas del Sultán por las grandes potencias son inaplicables a consecuencia de la mala voluntad de los musulmanes y se invita al rey Jorge a tomar posesión de la isla, después de hacer constar que consideramos abolida la soberanía del Sultán, revela un síntoma gravísimo, que aún lo empeora el no menos decidido empeño de Grecia para atender tan simpáticos ruegos.

Inglaterra, Francia (por cierto bastante meliunorada con la Gran Bretaña por el proceder de ésta en Egipto), Alemania é Italia, han reforzado sus escuadras; pero el gobierno de Atenas continúa imperturbable en su actitud. ¿Será Grecia la encargada de comenzar definitiva y prácticamente la solución, arrojando con valentía el enojo de naciones más poderosas, al temido conflicto de Oriente? ¿Qué ha-

rán las demás potencias? ¿Cuál será el resultado?

Esperemos; el tiempo nos sacará de dudas.

CH. BOPHEX.

LAURA

(Continuación.)

Imaginaos una mujer esbelta en la plenitud de su desarrollo, blanca y fina como el alabastro, de correctas facciones; grandes, negros y rasgados ojos, de tierno mirar, nariz ligeramente anillada, boca pequeña formada por senos rosados y delgados labios que al contraerse para reír estiran los músculos de los carrillos, formando en ellos dos hoyitos que parecen nidos de amor; todo esto unido a un cuerpo bello y majestuoso, cubierto con un elegante traje negro, que hace resaltar extraordinariamente su belleza.

Cuando Carlos llamó, podemos decir que recobró el conocimiento, contentiendo su respiración hasta el instante en que obtuvo el permiso para entrar; tal era la emoción que sufría al encontrarse delante de aquella mujer sublime en la que había que admitir más su corazón y sus cualidades morales, que la belleza de su cuerpo, con ser tanta.

Una escena muda é indescriptible, pero que comprenderán nuestros lectores, y dos seres que se adoran con toda su alma, interrogándose con miradas llenas de amor; fué el principio de la entrevista.

La escena era demasiado violenta para que pudiera prolongarse por largo tiempo. Laura la terminó, ofreciendo asiento a su amigo, mientras le dirigía estas palabras:

—Amigo Carlos, han pasado tantas cosas desde el día que salí de Madrid, que casi me disponía a referirte las sin preguntarte por tu buena madre. Predestinada sin duda a vivir sufriendo, he pasado muchos ratos de amargura, dolorosos hasta el extremo de que sólo mi esperanza en Dios podía contentarme en esta vida. Tu, Carlos, eres bueno, sientes por mí un cariño verdadero y grande, aunque grande es también el sacrificio que de ti exijo...

—Pídeme el alma, Laura, que no duraré un instante en dártela.

—Sin ser tanto, quizá sea más lo que te pido. ¿Es tu perdón lo que necesito?

Carlos no podía comprender aquellas palabras: púsose en pie con amoroso arrobamiento, y acercándose a la joven, cogió una de sus manos, mientras decía:

—¿Es posible que me pidas perdón? ¿Qué falta pudo cometer un ángel? Pídeme cariño y procuraré aumentarle, por más que es imposible.

—Calmá, amigo mío,—objetó la joven,—y prométeme escuchar con atención y sin interrumpirme durante el tiempo que necesito para explicarte la serie de acontecimientos que me obligan a pedirte perdón. Te he ofendido, porque el destino lo ha querido así. Hoy menos que antes de mi viaje a Londres puedo admitir el cariño que me ofrezcas, grande y verdadero, como tú eres capaz de sentirlo; pero entonces era libre y hoy... hoy soy casada.

Un rayo cayendo a los pies de Carlos, no hubiera producido el efecto que estas palabras causaron al desgraciado joven.

Con los ojos que parecían querer saltar de sus órbitas, miraba fijamente a Laura sin poder articular una palabra, mientras su corazón daba latidos tan fuertes que demostraba quería salir de su escuero.

Laura, entretanto, sufría horriblemente también, al ver el estado del hombre a quien más amaba en el mundo y con el cual había soñado una felicidad inmensa.

Rompió en llorar, facilidad que tanto bien reporta a la mujer, y las lágrimas que corrían por sus mejillas fue-